

- Swan, G.A., (1974). *Machiavellianism, impulsivity, field dependence-independence, and performance on the Prisoner's Dilemma game*. Tesis doctoral, Detroit: Wayne State University.
- Tejedor Tejedor, F. y Caride Gómez, J.A., (1988). *Influencia de las variables contextuales en el rendimiento académico*. *Revista de Educación*, 287, 113-146.
- Tharp, R.G., (1995). *Principles of instruction for multicultural classrooms. Focus on Diversity*, 5 (2), 4 Y 7-8.
- Tinajero, C y Páramo, M.F., (1997). *Field dependence-independence and academic achievement: a re-examination of their relationship*. *British Journal of Educational Psychology*, 67, 199-212.
- Tinajero, C y Páramo, M.F., (1998). *Educational implications of field dependence-independence: in answer to Bagley and Mallick*. *British Journal of Educational Psychology*, 68, 589-593.
- Tourrette, G., (1984). *Dépendance-indépendance à l'égard du champ et lecture*. *Bolletín de Psychologie Tome XXXVII*, (No. 364), 325-331.
- Vadya, S. y Chansky, N., (1980). *Cognitive development and cognitive style as factors in mathematics achievement*. *Journal of Educational Psychology*, 72, 326-330.
- Van Blerkom, M., (1988). *Field Dependence, Sex Role Self-Perceptions, and Mathematics Achievement. College Students: A Closer examination*, *Contemporary Educational Psychology*, 13, 339 - 347.
- Vásquez, J.A., (1990). *Teaching to the distinctive traits of minority students*. *The Clearing House*, 63 (7), 299-304.
- Witkin, H., (1950). *Perception of the upright when the direction of the force acting on the body is changed*. *Journal of Experimental Psychology*, 40, 93-106.
- Witkin, H., (1962). *Psychological Differentiation*. Nueva York: John Wiley and Sons.
- Witkin, H. et al., (1962). *Psychological Differentiation. Studies of development*. Nueva York: John Wiley and Son.
- Witkin, H. et al., (1968). *Affective reactions and patient-therapist interactions among more differentiated and less differentiated patients early in therapy*. *Journal of Nervous and Mental Disease*, 146, 193-208.
- Witkin, H. et al., (1971). *A Manual for the Embedded Figures Test*. Palo Alto: Psychologists Press.
- Witkin, H. et al., (1979). *Psychological differentiation: Current status*. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37 (7), 1127-1145.
- Witkin, H. y Asch, S., (1948). *Studies in space orientation. III Perception of the upright in the absence of visual field*. *Journal of Experimental Psychology*, 38, 603-614.
- Witkin, H. y Goodenough, D.R., (1976). *Field dependence and interpersonal behavior*. *Psychological Bulletin*, 84 (4), 661-689.
- Witkin, H. y Goodenough, D.R., (1977). *Field dependence revisited*. Princeton NJ: Educational Testing Service Research Bulletin, 77, 16.
- Witkin, H. y Goodenough, D.R., (1981). *Estilos cognitivos. Naturaleza y orígenes*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Zhang, L.F. y Sternberg, R., (2006). *The Nature of Intellectual Styles*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, Publishers.

## La posibilidad de las emociones

Juan Carlos Pacheco Giraldo<sup>1</sup>

**Resumen.** En el artículo se alerta sobre la indefinición del concepto de emoción, el cual proviene del lenguaje natural, y que inserto histórica y socialmente, ha afectado también a la filosofía y la ciencia. Parto, entonces, del enfoque de la neurociencia y paso al mundo social, ejemplificando con la teoría del intercambio de la sociología de las emociones. Concluyo insinuando la posibilidad del análisis de las emociones para la ciencia social en general.

**Palabras clave.** Emociones y sociedad, sociología de las emociones, teoría social del intercambio, emociones sociales.

**Abstract.** This article alerts about the ambiguity of the emotion concept, which comes from the natural language -framed in both, social and historical fields-, and has influenced the philosophy and science. The inquiry starts from the neuroscience approach and goes through the social world, socializing examples taken from the exchanging theory of the sociology of emotions. It concludes with the insinuation of the possibility of the emotions' analysis for social science in general.

**Key words.** Emotions and society, sociology of emotions, interchange social theory, social emotions.

### Introducción

La presente charla trata sobre la posibilidad de las emociones. En el mundo académico hablar de las emociones dista mucho de lo que se podría pensar para la vida cotidiana. Por ello, esta disertación es un tanto distinta a la que se podría plantear cuando, por ejemplo, hablamos y nos relacionamos con alguien a quien amamos mucho; no obstante, será necesario también plantear el tema desde el afuera del mundo académico.

Es difícil, por la amplitud del tema, tratar de dar unas puntadas delimitadas a lo que nos convoca. Una forma elegante de comenzar es haciendo una breve definición del concepto de emoción; sin embargo, el terreno es resbaladizo. De hecho, hay serias advertencias con el término. Y es que con la palabra emoción se señalan múltiples cosas, por ejemplo, muchas veces no diferenciamos emoción y sentimiento. Hay un cierto esfuerzo para separar los dos términos: podríamos pensar que el sentimiento es la conciencia, casi la autorreflexión, de poseer una emoción, sin embargo,

no siempre que se tiene una emoción, se es consciente de que la estamos experimentando. Pero ¿qué diferencia hay entre un estado emocional, como sería, por ejemplo, vivir tranquilo por un tiempo o quizás vivenciar un estado de malhumor o insatisfacción continuos frente a un ataque de "mal genio"? Se podría, al menos intuitivamente, suponer que mientras las emociones son más cortas en el tiempo, los estados emocionales o anímicos son de más largo plazo.

La confusión puede experimentarse cuando usamos el lenguaje común. De hecho, sustantivar una cualidad, es decir, convertir en un ente existente una cualidad, es algo corriente pero que lleva a equívocos. Por ejemplo, tal como lo denunciara Gilbert Ryle (1967) hace tiempo, el nivel de descripción del término "mente" es completamente distinto del nivel del término "cuerpo". Cuando se igualan surgirán los famosos problemas entre mente y cuerpo, o como lo diría este escritor, surge el mito del "fantasma" (no material, que es la mente), dentro de una máquina (que es el cuerpo), por tanto, igualar categorialmente las

<sup>1</sup>Universidad Antonio Nariño. E-mail: juanpacheco88@yahoo.com.mx

funciones mentales (expresadas con el sustantivo “mente”) con el objeto “cuerpo” será un error, denunciara Ryle.

Algo similar puede estar pasando con la palabra “emoción” y naturalmente con sus asociadas: ira, miedo, asco, vergüenza, culpa, etc. Es diferente, por tanto, decir que Juan experimentó emociones de ira y dolor, a decir que la ira y el dolor son emociones en sí mismas. En la primera frase se señala una experiencia, quizás muy corporal, en donde hay una fuerte relación entre el ser biológico y sus expresiones, quizás, funcionales de iracundia y adoloramiento. Es diferente entonces aislar a la ira y al dolor y darles un estatus similar a un ente. En otras palabras, y tal como lo dirían los filósofos del lenguaje, la “existencia” no es un predicado.

Pero es indudable, al menos para nuestra cultura occidental, que las palabras sobre la emoción se incrustan en la forma gramatical de sujeto y predicado, y de allí, como lo he señalado, el salto que hace el predicado hacia el sujeto es casi ineludible.

Y es que el lenguaje natural es dinámico, flexible y ambiguo. Más aún, se va constituyendo históricamente a medida que las sociedades cambian. Por ejemplo, dice Jon Elster (2002), mientras que los griegos tenían una palabra exacta para la acción de producir vergüenza, la *hybris*, nosotros no la tenemos; y viceversa, mientras que nosotros hablamos de experimentar culpa, los griegos no tenían una palabra equivalente. Luego, no podían hacer descripciones sobre una emoción como la culpa.

Por su parte la ciencia, piénsese en la Psicología o en la Neurología, toman prestados los términos emocionales del lenguaje cotidiano, aunque también inventan los suyos. Si a alguien del siglo XIX le hablásemos de que tal situación nos produjo “estrés”, obviamente no nos entendería. Observemos la definición del Diccionario de la Real Academia: el estrés es una “tensión provocada por situaciones agobiantes que originan reacciones psicósomáticas o trastornos psicológicos a veces graves” Es toda una definición

contemporánea. ¿Acaso los antiguos sufrían de estrés? Quizás lo podrían experimentar, pero no lo sabían. Esa dinámica, de la “selva del lenguaje”, la plantea, por ejemplo, Olbeth Hansberg (1996) en su interesante texto *La diversidad de las emociones*, con un recuento del uso lingüístico para el miedo y el orgullo. Allí el autor advierte sobre la necesidad de un análisis para las múltiples palabras que señalan estados emocionales.

El esbozo anterior solamente busca poner en alerta la dificultad real de manejar el tema de las emociones; por tanto, lo que pueda decir sobre el tema debe levantar obvias sospechas. Pero hay que adentrarnos un poco, para así entender nuestro norte.

Una primera definición puede provenir de una ciencia dura: la Neurociencia. He tomado la definición de un ilustre neurobiólogo, Ralph Adolphs, en razón de su sencillez y pertinencia. Para él (2002, 137) “Las emociones son estados internos de los organismos superiores que regulan de manera flexible sus interacciones con el entorno y sus relaciones sociales”. Nótese que esta definición, muy acorde con los avances contemporáneos, señala una función cerebral básica: las emociones serían mecanismos que regulan la relación del cuerpo con el entorno. Traduzcámoslo a una acepción más radical: nuestro cerebro es un cerebro de hace 110.000 años, por lo que es un cerebro de cazadores-recolectores. Pero ese cerebro es fruto de una evolución biológica que introdujo, en los animales superiores, un esquema de supervivencia que contemplaba lecturas no reflexivas, pero sí funcionales, sobre el entorno. Las emociones básicas, tales como la ira, el miedo, el asco, el deseo sexual, responderían a imperativos de supervivencia.

En efecto, las emociones no se diseñaron para la contemplación, sino que impelen a las personas a la acción. Cuando se experimenta ira, el cuerpo se prepara biológicamente para el combate; cuando se vivencia miedo, el cuerpo reacciona para que se pueda huir de manera eficiente. Igualmente sucede con el asunto de la sexualidad, entendida como el impulso de reproducción de la especie,

en donde la búsqueda y satisfacción del placer es esencial. No quisiera adentrarme en los mecanismos complejos del funcionamiento cerebral de las emociones. Baste decir, sin embargo, que debemos tener en cuenta que las emociones son reacciones corporales ante estímulos externos (o estímulos internos); más aún, que son mapas viscerales (es decir se perciben corporalmente) que son levantados por el ser humano frente a estímulos (Solms y Turnbull, 2002), que sin embargo tienen íntimas relaciones con el sistema reflexivo, pero también con la acción. Desde la fisiología cerebral, las emociones se relacionan con la experiencia biográfica, es decir, se experimentan emociones en contextos determinados que vivencia el sujeto, por lo que podemos hablar de una relación intensa entre la memoria y la emoción. Por otro lado, existen mecanismos que inhiben la expresión de las emociones, los cuales se asientan en la corteza cerebral del lóbulo frontal. Allí, en medio de una interacción intensa, se da una variedad de influencias cognoscitivas que puede modificar, modular e inhibir las emociones y sus comportamientos asociados. Así es que se hacen posibles los sentimientos y obviamente las conductas asociadas.

Los mecanismos de retroalimentación del cerebro permiten mezclar los mundos emocional, sentimental y racional. Ahora podemos avanzar a la segunda parte de la definición de Adolphs: el entorno social. La regulación emocional también funciona en el mundo social.

Ésta es la punta de lanza para que nos dirijamos ahora al mundo social de la emoción. Por más biólogos que seamos, es claro que el mundo emocional no se encierra en el interior del cuerpo: la expresión de las emociones tiene una clara función social. Con ello no quiero decir que los neurocientíficos no hayan considerado el tema; por el contrario, las teorías de la mente señalan claramente que existe una especie de mecanismo de reconocimiento facial de las emociones que se asienta, de manera innata, en los seres humanos. Quisiera decirlo de otra manera: una forma de leer la mente del otro se posibilita mediante la característica social, pero innata, de reconocer emociones (y expresarlas) por medio de los gestos faciales.

Habría, pues, una función social básica de la expresión (y reconocimiento) gestual emocional: poder identificar situaciones sociales de aceptación o rechazo; de amenaza, indiferencia o de atracción positiva, por ejemplo. Y si las emociones se expresan con el lenguaje del cuerpo, ellas también lo hacen comunicativamente mediante el lenguaje verbal. Pienso que no es extraño para nosotros el hecho de que el lenguaje cotidiano está totalmente teñido de emocionalidad. Lo curioso frente a esa constatación en nuestra vida cotidiana, es que en Occidente las

**En efecto, las emociones no se diseñaron para la contemplación, sino que impelen a las personas a la acción. Cuando se experimenta ira, el cuerpo se prepara biológicamente para el combate; cuando se vivencia miedo, el cuerpo reacciona para que se pueda huir de manera eficientemente. Igualmente sucede con el asunto de la sexualidad, entendida como el impulso de reproducción de la especie, en donde la búsqueda y satisfacción del placer es esencial.**

emociones se mostraron como contrarias a la razón. No es extraño encontrar afirmaciones en donde ser emotivo es algo negativo. Quizás ello tiene que ver con el problema del control (Elias, 1987): las emociones se nos han mostrado como potencialmente destructivas como la ira, los celos, la avaricia, la culpa, la vergüenza, la tristeza, el pesimismo; son sombras que se oponen al ambiente festivo que la sociedad de consumo quiere imponer a las personas. Muchas veces se alaba a alguien que actúa racionalmente y se condena a quien actúa emocionalmente. Sin embargo, como lo propondré más adelante, los matices son intensos y no obedecen al esquema maniqueo de Occidente que opone emoción a razón.

Quisiera entonces pasar a esbozar rápidamente el sesgo racionalista que se da en las Ciencias Sociales y que ha limitado llamativamente el análisis de nuestra realidad humana. Por el momento me voy a apartar de los esquemas irracionales, asentados principalmente en algunas tendencias filosóficas de tipo hermenéutico, interpretativo y quizás vitalistas.

La historia de las Ciencias Sociales va unida a la explosión del pensamiento científico, a la expansión del modelo iluminista del siglo XVIII. En un principio estas ciencias quisieron imitar a las Ciencias Naturales, proponiendo modelos metodológicos de tipo positivista y biólogo. En otras palabras, se buscaba sustentar las ciencias del hombre con base en los métodos exitosos de la ciencia natural: observación, generalización, establecimiento de leyes, deducción y quizás, como ideal, medición. La analogía biológica también sería utilizada: evolución y lucha por la

vida, selección social, organismo, equilibrio, homeóstasis, autorregulación, etc. Paulatinamente, surgirán las ciencias nomotéticas<sup>2</sup> dominantes, según lo señala claramente Emmanuel Wallerstein (1997) en su texto *Abrir las ciencias sociales*. No me puedo extender en el tema, pero sí quisiera señalar que tanto el marco metodológico como el marco explicativo tenían un sesgo fuertemente racionalista (al modo de la ciencia natural): de un lado se privilegiaba la explicación externa de los fenómenos sociales y culturales, que tienen como clímax a las concepciones funcionalistas y estructuralistas; de otro, se construía una concepción del ser humano centrado en su naturaleza racional. En otras palabras: el hombre blanco occidental, culmen de la evolución humana, se caracterizaba por el control racional de su conducta y de la misma naturaleza, sesgo que afectaría a todas las Ciencias Sociales, incluyendo a la misma Psicología. Dichas ciencias se olvidarían sustancialmente del mundo de las emociones y tan solo considerarían el tema hasta hace poco menos de 30 años, sin embargo, las tendencias están cambiando en algunas áreas. Quisiera referirme en principio a la Sociología, que es mi área de trabajo, para luego arribar a una discusión un tanto más amplia y finalizar con el planteamiento eje de nuestra charla: la posibilidad de las emociones.

La Sociología, en sus clásicos, se alimentó del racionalismo iluminista. No quiero referirme a las escuelas positivista, funcionalista o estructuralista, sino que quisiera dar una breve mirada a la sociología comprensiva, encabezada por Max Weber (1983). Para él, la acción humana se puede ordenar según cuatro tipos puros: acción racional con arreglo a fines, acción racional con arreglo a valores, habitual y afectiva. Aunque pareciera que contempla la afectividad, en la práctica su método se concentró en la construcción de tipos de acción racional. Se suponía que por las diferencias entre lo que debía ser racional y lo que se daba en lo real (teñido por costumbres y afectos muy irracionales), se podría dar explicación a la acción social. Pero la investigación weberiana obsesivamente se desplegó alrededor del proceso racionalizador de Occidente; para él, nuestra civilización estaba siendo aprisionada por una jaula burocrática, técnica y racionalista que terminaría aplastando a las personas.

Weber no podía ver con claridad el papel de la emoción como elemento fundamental de la acción social. Un discípulo

de él, Alfred Schutz (1974) y una escuela constructivista alrededor de la fenomenología trataría de invertir la explicación: a partir del “mundo de la vida” (opuesto al mundo del Estado, la burocracia o la ciencia) se debería tratar de explicar la conducta de la gente. Allí el acercamiento empático sería la clave para “comprender” por qué la gente actuaba de ciertas maneras. En últimas, la conclusión, predicada por ejemplo por Berger y Luckmann (1968), es que la realidad se construye socialmente. De allí se desprenderían y complementarían sociologías de la vida cotidiana. Sin embargo, a pesar de ese acercamiento, las emociones estarían en la periferia del análisis.

El surgimiento de tendencias comprensivas, es decir, asociadas a una especie de mimesis subjetivista que parte del encuentro vital entre el investigador y el investigado, desembocaría en tendencias de corte hermenéutico sumamente especulativas y difusas. Sin embargo, la ruptura con la visión positivista y cientificista (al modo de la antigua escuela), llevaría a que se consideraran vetas muy cercanas a las emociones. Es por ejemplo el surgimiento de las sociologías del cuerpo, los análisis de género, los estudios sobre minorías étnicas, religiosas, nacionales, o los análisis de la identidad y memoria. Ese pensamiento desestructurador atomizaría aún más a la Sociología.

### La sociología de las emociones

Quisiera ahora trasladarme al espacio del análisis de las emociones desde la perspectiva sociológica. Sólo hasta hace menos de 30 años esta tendencia de análisis de las emociones se comienza a explorar en la Sociología, aunque actualmente tiene grandes desarrollos. Turner y Stets (2005), por ejemplo, identifican al menos siete grandes tendencias: teorización dramaturgica y culturalista de las emociones, análisis de los rituales, interaccionismo simbólico (incluyendo además su unión con el psicoanálisis), teoría del intercambio, teorización estructuralista y evolucionismo.

Quiero detenerme un poco en la teoría del intercambio, para así explicar la pertinencia del análisis de las emociones dentro de un esquema

sociológico, que como se puede ya suponer se aparta un tanto del análisis psicologista tradicional. Para ello me basaré en un interesante artículo de Lawler y Thye (1999), quienes hacen una síntesis y una propuesta al respecto.

La teoría del intercambio asume que los participantes, denominados actores, no actúan solos, sino que se desenvuelven en un medio de interdependencia social y de autointerés. Sin embargo, tradicionalmente ellos han sido vistos como seres sin emociones, quienes manejan una información básica y que mediante un proceso cognoscitivo toman decisiones con relación a pautas de intercambio. En otras palabras, las emociones son una categoría residual, que no entran en juego en la conducta, o al menos lo hacen marginalmente. No obstante la realidad es otra; la gente actúa con otros esquemas. Por ejemplo, la amistad se relaciona con fuertes estados emocionales y sentimentales, los actores corporativos pueden tener miedo o enfado; los socios comerciales pueden florecer debido a sentimientos positivos tales como la confianza o el gusto. Pero, ¿cómo se pueden estudiar estos aspectos?

### Veamos primero el contexto del intercambio:

a. La perspectiva cultural/normativa nos dice que las emociones son construidas socialmente, y que se expresan y manejan en el contexto de los diversos roles sociales, membresías, identidades o categorías que los individuos ocupan. Así, existen normas emocionales para tener conductas apropiadas en situaciones dadas, por ejemplo, no hacer chistes o reírse en un funeral, o aplaudir entusiastamente en medio de la interpretación de una pieza musical clásica. Es decir, hay situaciones en donde una emoción particular puede ser expresada y hay otras donde su expresión es prohibida. Una desviación emocional sucederá cuando hay discrepancia entre las emociones que se experimentan y lo que la situación o el rol exigen como expresión emocional. Es lo que Arlie Hochschild (1983) denominó el “manejo emocional” en el mundo del trabajo: el caso de cómo manejar las emociones fuertes frente a clientes agresivos, lo que implica un entrenamiento para

<sup>2</sup> Llamadas así por su pretensión de descubrir principios universales aplicables a todas las sociedades.

inhibir tales sentimientos. Otro ejemplo tipo es el de la técnica teatral desarrollada por Konstantin Stanislavski, quien llevó a la práctica la reviviscencia emocional con la finalidad de expresar en la escena situaciones emocionalmente fuertes. Finalmente, se pueden considerar condiciones de tensión extrema, como sería el mundo de los negocios, en donde se puede mantener una actitud desapasionada o neutral.

b. Las aproximaciones estructurales nos dicen que las diferencias en la posición social crean diferencias en la forma como se sienten las emociones y, por ende, en los efectos sobre el intercambio social y sus redes. Allí la base son el poder y la jerarquía, ya que las normas y símbolos emergen de definiciones y normas dentro de los grupos, incluyendo las emocionales. Theodor Kemper (1978) ha sugerido, por ejemplo, que un incremento en el poder o en el estatus llevaría a emociones positivas, mientras que el decremento conduciría a emociones negativas. De hecho, el cambio de estatus estimulará respuestas emocionales: un incremento llevará a la satisfacción o felicidad, mientras que un decremento a la vergüenza, ira o depresión.

Un ejemplo de este enfoque los proponían Lovaglia y Housere en 1996 (citados por: Lawler y Thye, 1999), quienes decían que las emociones combinadas con el estatus podían producir influencia sobre los grupos. Las emociones positivas son compatibles con el estatus alto y las negativas con el estatus bajo, llevando a que los individuos con emociones negativas tiendan a incrementar su resistencia a los intentos de influencia. Por el contrario, las emociones positivas hacen que las personas sean más abiertas y por lo tanto puedan ser más permeables a las sugerencias sobre tareas.

Veamos ahora los procesos de intercambio:

a. Las aproximaciones sensorio/informacionales señalan que las emociones son portadoras de información dentro o entre individuos. Primero, los individuos pueden sentir sus propias reacciones emocionales y usar tal información para

hacer inferencias sobre ellos mismos y sobre el entorno: por ejemplo, una persona que reacciona muy fuerte a una crítica suave de un amigo, puede posteriormente concluir que su amistad se ha resquebrajado. Segundo, la visibilidad de una emoción frente a los otros puede mostrar nuestras reacciones internas o nuestra disposición: el amigo que fue objeto de nuestro disgusto puede tener una inferencia similar.

El psicólogo social David Heise (véase Turner y Stets, 2005, p. 133-142), quien se ha aventurado a lanzar una teoría predictiva (llamada “teoría del control del afecto”), dice que los individuos “cargan” con significados “fundamentales” la imagen sobre sí mismos, sobre otras personas, sobre objetos o sobre conductas. Estos significados hacen referencia a la evaluación, por ejemplo, que muchos individuos probablemente creen que los doctores, los ponqués de cumpleaños y los trabajadores voluntarios son de alguna manera positivos.

En otras palabras, el significado es un pensamiento que varía según tres dimensiones primarias: bueno-malo (que es una evaluación), poder-debilidad (potencia) y vitalidad-quietud (actividad). Los significados pasajeros ocurren cuando los objetos, conductas y situaciones se unifican en situaciones de escenarios más complejos.

En síntesis, esta teoría asume que los individuos buscan consistencia entre los conceptos fundamentales (lo que se cree que es verdad) y los significados pasajeros (lo que se experimenta en un momento dado). Así, la emoción sería el resultado de una evaluación cognitiva. De hecho la identidad personal provee la línea de base desde donde se interpretan las impresiones o eventos, por lo que la reacción emocional se da si hay o no un ajuste entre esa línea base y la situación. Por ejemplo, una persona con una identidad positiva del yo (como sería un trabajador comunitario de tipo voluntario) y que tiene experiencias positivas, presenta un hecho confirmatorio (el ser premiado por sus servicios). Es de esperar, por tanto, que tenga emociones positivas. Ahora bien, ciertas “identidades”, como los representantes corporativos,

árbitros profesionales o mercaderes, involucran normas contextuales que demandan un control de algunas de las expresiones emocionales. Otras identidades, tales como las de colegaje, amistad o maritales tienen que ver más con el corazón, lo que supone experiencias emocionales más intensas. Por lo tanto, esta teoría es relacional y social, ya que, dirá Heise, si la otra persona hace parte de nuestro entorno, nuestras experiencias pasajeras se mueven hacia la identidad de esa persona (y viceversa).

b. Las aproximaciones cognitivas exploran la relación entre las emociones y la cognición, como por ejemplo cuando los buenos estados de ánimo favorecen el aprendizaje de los ejes básicos del mensaje pedagógico (Eich et al., 2003). Los estados emocionales también influyen en los juicios sociales: se ha establecido que las personas con buenos estados de humor tienden a subestimar la posibilidad de eventos negativos; y por el contrario, quienes están con mal humor sobrestiman tal posibilidad. Piensen ustedes, por tanto, en los escenarios sociales de pesimismo, en donde la receptividad se concentra en los eventos negativos... el negocio de RCN y CARACOL está asegurado. Y aquí quisiera señalar un elemento adicional: los estados anímicos y emocionales se mezclan con los datos informacionales, lo que lleva a una elaboración “sesgada” (y pongo entre comillas esta palabra), frente a la información objetiva. Quisiera señalar también la posición de Antonio Damasio (1996) frente a este aspecto: las emociones ayudan a tomar decisiones en situaciones de incertidumbre. Pensemos ahora en el miedo. Allí los estereotipos son evidentes: ciertos aspectos físicos relacionados con la vestimenta, la forma de caminar o de hablar se asocian directamente con esta emoción. De esta manera las personas tiñen a otras personas y aún a objetos de una cualidad aterradora.

Pasemos a ver los productos del intercambio en relación a las emociones:

a. Un autor como Weiner ya señalaba en 1985 (citado por: Lawler y Thye, 1999) que los actores interpretan usualmente de manera vaga y global

**Una función social básica de la expresión (y reconocimiento) gestual emocional: poder identificar situaciones sociales de aceptación o rechazo; de amenaza, indiferencia o de atracción positiva, por ejemplo. Y si las emociones se expresan con el lenguaje del cuerpo, ellas también lo hacen comunicativamente mediante el lenguaje verbal.**

sus sentimientos cuando interactúan con otros. Él decía que cuando alguien experimenta un éxito o una frustración, el resultado es una reacción emocional global y difusa. En otras palabras, estas emociones son el resultado de la interacción, aunque no se asocian con algo en particular; estas emociones generan un proceso de atribución en donde los actores intentan comprender e interpretar las causas de por qué la interacción se da con ciertas características. Aquí, las emociones positivas (placidez, felicidad) se siguen a un evento positivo, mientras que las emociones negativas (tristeza) se derivan de eventos negativos. Por ejemplo, la tristeza que sigue a una entrevista de trabajo que ha sido desastrosa se puede transformar en vergüenza (autodirigida) o en ira (si se atribuye a otra persona).

b. Quisiera terminar esta parte con las aproximaciones de formación social. Ellas suponen dos cosas: en primer lugar, que las dependencias mutuas son necesarias para las condiciones estructurales de cohesión y solidaridad y que por ende los actores implicados en grupos o redes sociales son dependientes con relación a recompensas. En segundo lugar, y ello lo ha señalado Randall Collins (citado por: Lawler y Thye, 1999), se dice que las actividades conjuntas generan unidad, euforia, confianza y otras emociones, favoreciendo la construcción de lazos sociales. De allí se puede decir que los productos sociales se determinan por la propia conducta, por la conducta de otro o por la conducta de uno con los otros. Allí pueden surgir orientaciones que creen en el destino del grupo o en la negociación o coordinación de conductas, por ejemplo, los independientes se orientan más al control reflexivo, mientras que los interdependientes al control grupal. En este último caso, cuando la dependencia mutua es alta, los actores encontrarán a los otros más atractivos para hacer intercambios, por lo que la energía emocional se orienta hacia cadenas de interacción ritual de tipo emotivo y expresivo, por lo que se debe utilizar una reserva de sentimientos positivos.

Así, se necesitan actores en interacción, que tengan un foco de acción similar, con un estado de ánimo común y un fortalecimiento de los sentimientos a medida que pasa el tiempo. Es allí cuando los participantes se convierten en un pequeño grupo, con obligaciones morales de unos con respecto a otros, convirtiéndose las emociones en formas de reafirmación de la solidaridad.

### La posibilidad de las emociones

Después de este recorrido quisiera retornar al objeto de nuestra charla. Es evidente que las emociones escapan del mundo subjetivo y aterrizan en la arena social, donde cumplen importantes funciones frente a la interacción y estructuración de nuestra sociedad. Uno podría pensar, por tanto, que las Ciencias Sociales, y no solamente

**Las emociones son una categoría residual, que no entran en juego en la conducta, o al menos lo hacen marginalmente. No obstante la realidad es otra: la gente actúa con otros esquemas. Por ejemplo, la amistad se relaciona con fuertes estados emocionales y sentimentales, los actores corporativos pueden tener miedo o enfado; los socios comerciales pueden florecer debido a sentimientos positivos tales como la confianza o el gusto.**

la Sociología, deben repensar sobre el papel de las emociones. La Economía descuidó sin duda el mundo de las preferencias emocionales y la fuerte mezcla de sentimientos y de emociones que se dan en la conducta económica. La racionalidad se ve influenciada y a veces controlada por los elementos irracionales. Un caso dramático, recuerden ustedes, es el del pánico bursátil.

La Ciencia Política debería visualizar el papel de las emociones en fenómenos intensamente estudiados, como son los del populismo y sus líderes carismáticos. Es el caso de quienes lloraron y odiaron a causa de las muertes de Gaitán, de Perón, de Velasco Ibarra. También debería tener en cuenta los fenómenos mediáticos e intensamente emocionales que hacen que las personas se adscriban a tendencias y personas en el momento de tener que elegir representantes. Conceptos tales como los de amigo y enemigo, teñidos de emociones de amor y odio, pero también de agradecimientos o de temor; en últimas, los fenómenos de adscripción partidista, que suscitan odios, rencores, lealtades, reverencia, vergüenza o culpa. Igual sucede con un área del análisis del discurso que ha resurgido como posibilidad: la retórica. De hecho, ha sido ella la que con más detenimiento ha estudiado las emociones en el mundo de la práctica comunicacional que se orienta a conmovir y convencer. Allí ni el formalismo ni el estructuralismo tenían mucho que hacer. Los tópicos aristotélicos, por ejemplo, tienen que ver mucho con la sabiduría emocional de lo popular.

Finalizo con la Historia. Recientemente han surgido estudios de historia de las emociones y los sentimientos: el miedo o el llanto, la envidia o la vergüenza. Cabe preguntarse: ¿tuvo la envidia algún papel en la explosión de la Revolución Francesa? ¿Acaso los burgueses envidiaban intensamente a los ricos nobles? ¿Cuál ha sido el papel del miedo en el surgimiento y afincamiento de ideologías y movimientos milenaristas? ¿Qué papel jugó la esperanza en la construcción de la teoría marxista, en especial cuando Carlos Marx casi se moría de física hambre? ¿Cuál es el papel de los sentimientos nacionalistas o del orgullo étnico en los conflictos de la antigua Yugoslavia?

En un mundo invadido por el racionalismo instrumental, con sus justificaciones centradas en la eficiencia y la eficacia, en donde la dominación se presenta en nombre de la “razón de Estado”, se olvida que las ambiciones humanas están teñidas de deseos y emociones. Se podría decir que detrás de la gran razón occidental se agazapan emociones que deben ser develadas y que tienen finalmente que ser direccionadas. Quizás ya no como lo han sido en Occidente, en un proceso civilizatorio de mero control; mejor, en un reconocimiento de que la vida social puede rescatar las más positivas y profundo de las emociones humanas. •

### Referencias

- Adolphs, R., (2002), *Emoción y conocimiento en el cerebro humano*. En: Adolphs R. et al., (2002). *Emoción y conocimiento. La evolución del cerebro y la inteligencia*. Barcelona: Tusquets Editores S.A.
- Berger, P. y Luckmann, T., (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Ediciones.
- Damasio, A., (1996). *El error de Descartes: la emoción, la razón y el cerebro humano*. Barcelona: Grijalbo Mondadori.
- Eich, E. et al., (2003). *Cognición y emoción*. Bilbao: Editorial Desclée De Broker.
- Elias, N., (1987). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Elster, J., (2002). *Alquimias de la mente. La racionalidad y las emociones*. Barcelona: El Roure Editorial-Paidós.
- Hansberg, O., (1996). *La diversidad de las emociones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hochschild, A., (1983). *The Managed Heart: The Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Kemper T., (1978). *A Social Interactional Theory of Emotions*. New York: Wiley.
- Lawler y Thye (1999). *Bringing Emotions into Social Exchange*. *Annual Review of Sociology*, 25, 217-244.
- Ryle, G., (1967). *El concepto de lo mental*. Buenos Aires: Paidós.
- Schutz, A., (1974). *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Solms, M. y Turnbull, O., (2002). *El cerebro y el mundo interior*. Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- Turner, J. y Stets, J., (2005). *The Sociology of Emotions*. New York: Cambridge University Press.
- Wallerstein, I., (1997). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Weber, M., (1983). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.